

EL ARZOBISPO CAYZEDO

Por Monseñor MANUEL JOSE SIERRA

(Artículo escrito para la Revista "Universidad Católica Bolivariana" con ocasión de la muerte del Excmo. Sr. Cayzedo).

Un templo con magníficos altares para la vida, la virtud y la ciencia, eso fue el grande arzobispo, cuya muerte ha deplorado todo el país y han sentido hondamente Bogotá, su cuna, Pasto su primera sede, Popayán, la segunda y Medellín que apreció su larga y fecunda labor de treinta y un años en todos los campos de actividad pastoral.

La vida del Excelentísimo Señor Cayzedo presenta cualidades y caracteres de superioridad poco comunes. Un organismo sano y vigoroso vaciado en moldes agradablemente proporcionados: no era descarnado como la raíz ni corpulento como una ceiba, mediano de estatura aparecía en ciertas ocasiones gallardo y elegante porque tenía la propiedad de señor. Bastaba verle cumplimentar a una alta autoridad, vestido de pontifical, o en una reunión social. Tenía aposturas señoriales y caballerescas.

Puesto que la fisonomía no es la resultante de sólo líneas y colores, sino que entra en ella la expresión que es signo sensible y como el símbolo del alma que transpira hacia afuera y forma el cuerpo según su imagen, la del Señor Cayzedo ante Dios, en cuya presencia vivía, asumía relieves muy diversos; era atractiva como la bondad, viva como la inteligencia, nítida como la pureza, mística como la oración, ardiente como la castidad, austera como la penitencia, intrépida como el valor, noble como el heroísmo, celestial como la santidad, siempre, según la imagen del alma. En él concluían la grandeza de la divinidad que asombra y la pequeñez de la humanidad que se esconde. Durante los ejercicios espirituales del clero que presidió hasta los últimos días de su gobierno, fue para todos los sacerdotes un ejemplar de exactitud en las horas de los oficios, de asiduidad a ellos, de atención y recogimiento, de penetración y alto espíritu que revelaban en todo oído atento, mirada fija, cuerpo recto e inmóvil, respiración casi suspendida como quien asecha sorpresas sobrenaturales y atisba ráfagas divinas e iluminadoras por asalto. De rodillas, sentado o de pies,

invitaba a la meditación, inspiraba respeto profundo y dejaba en el ánimo de todos impresa la idea de lo agradable que es morar en los tabernáculos del Señor. Ejercicios presididos por el Excelentísimo Señor Cayzedo, alma de ellos, revestían un no sé qué de excelsitud, que desamargaba la vida, conmovía las almas, alentaba y renovaba los espíritus!

Fué un servidor del deber, precisamente porque no quiso serlo de las pasiones. Escapó de ellas por la disciplina de la vida y por el instrumento de toda disciplina que es la regla. Era esencialmente ordenado; por eso concentraba las fuerzas, ya fueran las de resistencia, ya las de acción; multiplicaba la energía, dirigía su empleo, impedía su dispersión y presidió a la victoria. El trabajo de cada día, ya fuera intelectual, moral o espiritual, formaba un surco. Conocedor de que el orden es para la voluntad como las arterias para la sangre, como los vasos del árbol para la savia, vías que contienen la vida y la llevan por todas partes sin dejar que se pierda una gota de ella, hizo de él el mejor vehículo de las fuerzas humanas y el conducto más seguro de la gracia. Ni el desbarajuste y la miseria encontraron en él posada ni los días pudieron correr en vanidades. Fue grande hasta en los días y en las horas de descanso y de recreo en que se halló, no en los caminos fáciles de la bajada, sino siempre en los senderos que conducen a las cumbres. Entonces dibujaba o pintaba o refrescaba la memoria con lecturas recreativas y de gran sentido zumbón, picante y saleroso con que solía condimentar oportunamente la conversación.

Fue un mago de la virtud. Sin ser estrecho y menos escrupuloso, la personificó. Fue viva e iluminadora, no se obscurecía en medio de las nieblas de la tribulación, ni se abatía o languidecía coronada de espinas. De ello dio pruebas evidentes en el momento de dejar el gobierno de la arquidiócesis acatando las disposiciones de la Santa Sede. Fue entonces cuando vimos reproducido vivamente el cuadro de Rafael, la Transfiguración, que se halla en el Museo del Vaticano, en la sola persona del Príncipe de la Iglesia, Monseñor Cayzedo. Con elocuencia arrebatadora habló al corazón y al sentimiento ese contraste sublime de la debilidad y el sentimiento, por un lado, y de la felicidad y la fe, por otro. Firme la esperanza, dió la primacía al Reino de Dios y a los intereses eternos, a la vez que miró como adehala la bondad divina, todo lo demás. No permitió el atasco del alma en los falsos bienes temporales, ni cayó en la emboscada de ellos. Mereció el cariño de sus amigos y el respeto de todos. Quienes le vieron restallando el látigo contra el vicio, se encogieron de hombros, estremeciéndose unos y refunfuñando otros, pero reconociendo que la virtud volvía en defensa de sus fueros. Quién no vió en él la más alta expresión de la hombría, del valor y del carácter? No supo lo que era trepidar o vacilar ante el cumplimiento del deber. Clamó contra el error y el vicio, contra el impudor y la intemperancia, sin parar mientes en las personas que los patrocinaban.

Aquí censura, allí prohíbe, acá ordena y acullá dispone. Antioquia ha sido tradicionalmente religiosa, pero el Excelentísimo Señor Cayzedo le imprimió la firmeza del cruzado y el valor de los héroes.

Por eso estamos seguros que el antioqueño, llegado el momento, sacrifica la vida, pero no entrega su fe.

El patriotismo fue también en él una virtud: ya le hervía la sangre, le palpitaba el corazón y se conmovía todo él con las glorias de la patria, ya lloraba con las calamidades de la misma. Era hijo de patriotas y descendiente de próceres.

El excelentísimo Señor Cayzedo fue varón de vasta ilustración y de ciencia. Así espigaba en los campos de la historia, de la geografía, de la psicología práctica y de las humanidades en general, como en el de la teología sagrada, cuyos principios y verdades fundamentales expuso con claridad, firmeza y seguridad dignas de un padre o doctor de la Iglesia. Sus pastorales son modelos de doctrina, elocuencia y expresión clásica. La parábola evangélica, la comparación familiar y la ironía burlona e incisiva, son armas de este maestro de original sencillez. Dichosos quienes lo vieron y escucharon; más dichosos quienes lo comprendieron y quienes recibieron de esa alma, hoy transfigurada, lecciones de prudencia y de inmortalidad.

La memoria del Excelentísimo Señor Cayzedo es para esta revista, sagrada como un templo. Reproducidas sus pastorales y escritos ofrecerán páginas literarias y científicas; recordadas sus obras hablarán al progreso y a la civilización; grabado su nombre tiene ella un destello más de honor y gloria.

Profundamente adoloridos y respetuosamente sobrecogidos.